

5. El paraíso o el infierno

Estar con Jesús es nuestro paraíso, la condición en la que somos redimidos del alejamiento de Dios que provocaron Adán y Eva tras el pecado. En la condición paradisiaca anterior al pecado, el ser humano vivía toda su vida en comunión con el Señor, y por eso todo era bello y armonioso, incluso en las relaciones humanas, incluso entre Adán y Eva. El pecado hirió la comunión del hombre con Dios. Fue como si entre Adán y Dios se rompiera una alianza, por decisión unilateral del hombre. La salida del paraíso terrenal no consistió tanto en abandonar un lugar, sino una relación, una condición de comunión con Dios que era gratuita, que era un don, una gracia.

El paraíso terrenal es una imagen simbólica de un estado de comunión entre Dios y el ser humano en el que toda la creación encontraba sentido y belleza. Todo, desde las flores hasta las estrellas, ha sido creado no tanto para el hombre, sino *para la comunión entre el hombre y Dios*. Cuando el hombre quiere disfrutar de la creación solo para sí mismo, olvidando la relación con Dios, la arruina, la destruye. Lo vemos en el estado en que se encuentra hoy la naturaleza, tras una explotación excesiva orientada únicamente al beneficio humano. Solo una espiritualidad religiosa que contemple y utilice la creación a la luz y con el fin de la comunión con Dios permite disfrutar de su belleza, hacerla resaltar y saborear todo el bien que la creación nos ofrece con asombro y gratitud. Solo pensando en el Padre bondadoso que nos las da podemos hacer uso de todas las criaturas con verdad y belleza. Pero también con fraternidad, porque la comunión con el Padre nos impulsa a utilizarlo todo en fraternal compartir.

El hombre, por sí solo, no puede ni sabe volver a esa condición paradisiaca de relación con todo lo creado en comunión con el Padre. Por eso Dios ha venido a vivir con nosotros, se ha hecho Emanuel, Dios-con-nosotros, para mostrarnos la verdad y la belleza de nuestra humanidad, la "*Magnifica humanitas*" que el papa León XIV ilustra maravillosamente en su encíclica.

Jesús vivía la relación con cada persona y cada cosa, con las estrellas y las flores, los gorriones y el cielo, con todas las criaturas, con un corazón siempre en comunión de amor con el Padre, siempre en adoración confiada al Padre. Mostraba cómo es posible que el hombre recupere el paraíso, que pueda volver a vivir en esa comunión con Dios que transforma toda la realidad que nos rodea. Para volver al paraíso no es necesario cambiar de lugar, sino cambiar el corazón con el que vivimos en la realidad que nos rodea. El ladrón arrepentido, cuando Jesús le concedió estar con Él en el paraíso, no se separó de la cruz: la propia cruz se convirtió inmediatamente para él en un paraíso, porque desde ese momento sabía que podía vivir aquella circunstancia con Jesús, como Jesús, con el corazón de Cristo.

Es esta transformación la que Jesús prometió y ofreció a todos cuando exclamó: "Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré" (Mt 11,27-28).

En primer lugar, describe el paraíso como el conocimiento recíproco del Padre y del Hijo en el amor del Espíritu Santo. El paraíso es la comunión de las tres Personas divinas. No se accede a él a través de una puerta, sino mediante el encuentro con el Hijo, que nos introduce en su relación de amor con el Padre. Jesús vino a revelarnos al Padre. No dándonos un sermón sobre Él ni describiéndonos su rostro, sino asociándonos a su relación con el Padre. Al vivir con Jesús, descubrimos su relación filial con el Padre, y nos sentimos atraídos por ella; querríamos vivirla con Él, con su misma alegría y confianza, con su mismo amor.

Cuando Jesús nos dice que aprendamos de Él, manso y humilde de corazón, para encontrar descanso para nuestra vida, para nuestra alma (cf. Mt 11,29), nos invita a unirnos a Él tan estrechamente, tan íntimamente, que vivamos con su corazón su relación con el Padre. Y esto transforma en paraíso toda la realidad que vivimos, por muy fatigosa y dolorosa que sea, porque entonces todo resuena de la comunión del corazón con Dios. Nuestra vida, en todas las circunstancias por las que pasamos, se convierte en un espacio de comunión con el Señor, un lugar en el que estar con Cristo, y esto ya es el paraíso.

Por eso debemos comprender bien qué quiere decir san Benito cuando nos pide dos veces que no prefiramos nada a Cristo y a su amor (cf. RB 4,21 y 72,11).

Observemos, en primer lugar, que en el capítulo 72 de la Regla hace una lista de actitudes positivas que nos hacen vivir en la comunidad monástica como si fuera un paraíso. De hecho, al principio dice que “Si hay un cielo malo y amargo que separa de Dios y conduce al infierno, hay también un cielo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna” (RB 72,1-2).

La alternativa siempre es entre estar con Dios o no, y por tanto entre el cielo y el infierno. La lista de actitudes que denotan el buen cielo describe una forma de relacionarse con las personas y las circunstancias impregnada de un amor manso y humilde, como el corazón de Jesús. Y esto es lo que convierte a una comunidad humana en una comunidad cristiana, signo y anticipo del cielo.

Pues bien, el secreto para que esto sea posible reside en cómo vivimos la preferencia por Cristo. El capítulo 72 termina con las palabras: “Nada absolutamente antepondrán a Cristo; y que el nos lleve a todos juntos a la vida eterna” (RB 72,11-12).

Tanto en el capítulo 4 como en el capítulo 72, para expresar la preferencia por Cristo, san Benito utiliza el verbo latino “*praeponere*”, que el castellano “anteponer” traduce literalmente como: poner delante, situar en primer lugar.

San Benito nos pide que no pongamos nada entre nosotros y Cristo, que no haya nada entre nosotros y el Señor, que nada nos separe, que nada entorpezca nuestra relación con Cristo. En definitiva, nos pide que estemos con Él sin nada de por medio, que vivamos con Él una comunión total, perfectamente adherida a Su presencia. Que entre nuestro corazón, nuestra vida, nuestro “yo” y el “Tú” de Jesús solo haya adhesión, pertenencia, contacto inmediato, comunión perfecta.

Solo así Jesús puede conducirnos a todos juntos a la vida eterna, es decir, al paraíso.